

EUROPA CENTRAL Y DEL ESTE: LA OTRA EUROPA

Por JORGE CACHINERO SÁNCHEZ

Introducción

La desaparición del muro de Berlín y del «telón de acero» —barrera que fue no sólo física, sino también política, cultural y económica y que dividía países integrantes de un mismo espacio geográfico: Europa—, la desmembración del imperio totalitario de la Unión Soviética creado por la fuerza y, por último, el colapso ideológico y moral del comunismo —pretendido paradigma social alternativo para el mundo durante los últimos setenta años— han obligado a los países de la Europa Occidental que habían resistido por décadas los embates, tanto los sutiles como los violentos, del expansionismo comunista a situarse frente a una realidad que habían olvidado, ignorando o mixtificando durante los años de la alerta permanente frente a la amenaza soviética: la de la existencia de la Europa Central y Oriental como parte constituyente del continente europeo; o, en otras palabras, la de la existencia de un espacio inmenso de tierras al este de los ríos Oder y Neisse y de la línea imaginaria que une Berlín con Trieste, que está poblada por pueblos cuyo asentamiento histórico tiene siglos de existencia y cuyas tradiciones culturales y políticas son hermanas de las del resto de Europa.

Esa asimetría histórica de más de 40 años de duración provocada por el comunismo es la responsable del doble prejuicio que, actualmente, sufren los países de Europa Occidental en su aproximación a las nuevas realidades de esa otra Europa.

El primero de ellos tienen su origen en la ambición de los gobernantes comunistas de borrar la memoria histórica de los países que habían sido

liberados para que la simbiosis de la población con los principios de la nueva era se produjera con mayor rapidez y profundidad. Aquel intento de hacer desaparecer la historia anterior al año 1945 del recuerdo de los pueblos que acababan de caer bajo el control férreo del totalitarismo tuvo también, irónicamente, su efecto sobre los países occidentales cuyos estudiosos y, sobre todo, sus analistas cayeron en su escrutación obsesiva de la evolución política y económica de los regímenes comunistas, mientras que perdieron progresivamente el interés sobre los rasgos nacionales —geográficos, culturales o políticos— auténticamente peculiares de cada uno de los países comunistas. En algunos casos, el efecto perverso que los dirigentes comunistas querían provocar entre sus súbditos tuvo una extensión inesperada entre aquellos que observaban desde fuera la imposición del totalitarismo sobre una parte importante del continente europeo.

El segundo prejuicio está relacionado con el papel de liderazgo que la Unión Soviética ejerció en la imposición y mantenimiento de su modelo comunista en Europa Central y del Este. La conversión forzosa al comunismo de los países liberados en el año 1945 por los Ejércitos de la Unión Soviética hizo de esos territorios no sólo el glacis de seguridad estratégica para su frontera occidental, sino que los forzó a la aceptación de un sistema económico y político, diseñado a imagen y semejanza del de su nuevo patrón. Así, esa creciente subordinación de los países de la Europa Oriental y sus minorías gobernantes con respecto a los impulsos y deseos que emanaban de la dirección del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) fue permeando sus sociedades de tal forma que se creó un efecto de homogeneización soviética que, curiosamente y como sucediera en el caso anteriormente señalado, también repercutió sobre Occidente ya que todos los asuntos concernientes a la Europa Oriental pasaron a ser recurrentemente percibidos como si fueran de naturaleza exclusivamente soviética.

Por lo tanto, desde el año 1945, los analistas occidentales encargados del estudio de las realidades política y económica de Europa Oriental solían ser incapaces de aproximarse al estudio de ese área geográfica sin que la homogeneidad y el soviétismo inundaran sus documentos. No es por ello sorprendente que, ahora, una vez desintegrada la omnipresencia de la Unión Soviética —y, de hecho, hasta ésta misma— y una vez desvanecida la homogeneidad del comunismo, Occidente se sienta intelectualmente incapacitado para aprehender la diversidad y la complejidad que han aflorado bruscamente en territorios tan cercanos a los nuestros.

Los objetivos de este ensayo son los de ahondar, en primer lugar, en las constantes geográficas, climáticas e históricas de Europa Central y del Este

antes de la llegada de las tropas del Ejército Rojo soviético en el año 1945, tal y como se hace en el apartado «Las raíces»; de revisar, en segundo lugar, las consecuencias de la hipoteca que supuso para la evolución política y económica de Europa Oriental las casi cinco décadas de comunismo, a lo que se dedica el apartado «El imperio soviético, p. 41»; de repasar, en tercer lugar, los fenómenos profundos más significativos que han sido puestos en marcha por el proceso de liberación europea del comunismo, para lo cual se incluye el apartado «La revolución democrática, p. 44»; y, finalmente de sugerir algunas ideas para intentar resolver aquellos problemas que más seriamente amenazan el éxito de la transformación que iniciaron los países comunistas de Europa Central y del Este en el año 1989, tal y como queda reflejado en el apartado «El futuro sin Max y sin Lenin, p. 47».

Las raíces

Los territorios comprendidos entre la línea imaginaria que une la ribera sur del mar Báltico y Trieste, al Oeste, y el mar Negro, al Este; y entre de nuevo, el mar Báltico, al Norte, y los mares Adriático y Egeo, al Sur, integran un espacio que, geográfica, climática, étnica, lingüística e históricamente, tiene una entidad propia: se trata de la Europa Central y del Este.

En cuanto a la distribución de tierras y aguas, el relieve de la Europa Central y Oriental diferencia cuatro áreas geográficas bien definidas. En primer lugar, la llanura Noreuropea forma la costa sur del mar Báltico y ocupa unos 650 km de extensión de Norte a Sur; mientras que sus flancos occidental y oriental, respectivamente, están libres de accidentes geográficos.

De hecho, la llanura Noreuropea no es más que la extensión de las asiáticas por lo que dicha llanura está constituida como un espacio diáfano y abierto que ha permitido, a lo largo de los siglos, una circulación fácil y cuyas tierras de gran fertilidad y frondosidad boscosa han invitado, permanentemente, al asentamiento humano. En segundo lugar, los Cárpatos, cuya extensión más septentrional forman el límite meridional del perímetro de la llanura Noreuropea, es una ancha cadena de montañas que recorre el centro de Europa, inicialmente, de Norte a Sur para, posteriormente, formar una curva de orientación hacia el Este. En este caso, y en oposición al caso anterior, las montañas han sido siempre un elemento de disuasión natural contra las invasiones. En tercer lugar, el valle del río Danubio —que, a pesar de su irrigación, alberga superficies muy limitadas de tierra arables— tiene su nacimiento al oeste de los Cárpatos y toma originalmente, una dirección de Norte a Sur, para a continuación, desviarse hacia el Este, cortar los Cárpatos y, finalmente, adentrarse en el mar Negro. Finalmente, la península

Balcánica destaca geográficamente del resto de la Europa Central y Oriental ya que el valle del río Danubio, al Norte, los mares Adriático y Egeo, al Sur, y el mar Negro, al Este, atrincheran una tierra que es escasamente cultivable y que, históricamente, ha sido utilizada exclusivamente para labores de pastoreo.

Asimismo, se dan en Europa Central y del Este otras variables geográficas que ayudan a marcar la diferencia física con el resto del continente europeo. Por ejemplo, el clima de la Europa Central y del Este es menos húmedo que el de Europa Occidental ya que hasta sus tierras no llegan los efectos de la corriente del golfo de México. En efecto, al este de la línea de división climática que une Berlín con Trieste, que recorre los Alpes, que sigue hacia el sur a lo largo de la costa de Dalmacia hacia Albania y que, finalmente, llega a Grecia el clima es claramente más seco y frío que al oeste de esa misma divisoria imaginaria. Por otra parte, el acceso a vías navegables marítimas o fluviales es mucho menor en Europa Central y del Este que en Europa Occidental pues apenas existen en aquellas líneas de costa cuya longitud, en proporción a la superficie total de las masas de tierra, pueda ser comparada a la de las de ésta última.

Además, la capacidad de navegabilidad de las redes fluviales de Europa del Centro y del Este ha estado severamente limitada por su falta de profundidad o, cuando ésta era la necesaria —como ha sido el caso del río Danubio—, por la pobreza de la red de canales interiores o por las dificultades que la severidad del clima invernal imponía a su utilización. Por último, dentro del espacio geográfico que hemos definido como el de la Europa Central y del Este no aparecen las numerosas fronteras naturales que dibujan el territorio de la Europa Occidental; de tal forma que esta zona del continente ha sido vía de entrada de numerosas migraciones e invasiones a lo largo de la Historia como lo muestran tanto las invasiones de los mongoles —finalizadas en el año 1241— o la de los turcos —iniciada en el año 1400—, por citar dos ejemplos bien significativos.

Sobre ese marco físico y geográfico, 100.000.000 de habitantes pertenecientes a 23 grupos étnicos distintos han terminado por asentarse en las tierras que componen esa Europa Central y del Este a lo largo de los siglos. Sin duda, y con todo lo anterior, no es una exageración resaltar el factor de la diversidad como el más característico de la Europa Oriental; a pesar de que, tal y como se señaló anteriormente en la «Introducción, p. 25», las casi cinco décadas de comunismo hayan intentado transmitir la impresión opuesta.

El recuento histórico sobre los primeros pobladores de Europa Central y del Este apareció, inicialmente, en los escritos de los cronistas griegos quienes

detectaron en aquellas tierras la presencia, aparte de la propia tribu helénica, de germanos, celtas, escitianos —pobladores, fundamentalmente, de las regiones al norte del mar Negro— y, además, de ilirios, tracios y dacios. De todos ellos, la presencia de germanos, celtas y escitianos fue esporádica y efímera, mientras que la de ilirios ha tenido una permanencia que ha llegado hasta nuestros días: de hecho, los ilirios son considerados los antecesores de los albaneses. Por otra parte, los tracios —que llegaron a ocupar la actual Bulgaria— fueron conquistados y exterminados por los romanos a medida que avanzaban hacia el Norte desde Grecia y no han pervivido hasta nuestros días restos ni de su cultura, ni de su lengua. Finalmente, los romanos ocuparon y colonizaron la Dacia —la actual Rumania— hasta que las oleadas procedentes del Este, de pueblos bárbaros forzó la retirada romana y la ruptura de la relación entre dos pueblos entre los que, a pesar del enfrentamiento final, se había producido un alto índice de simbiosis cultural.

En lo que respecta a los pueblos eslavos propiamente dichos, éstos también formaron parte de los primeros pobladores del centro y del este de Europa; sin embargo, su emplazamiento original —en la región de la actual Polonia— les hizo está lo suficientemente alejados de la atención de los cronistas griegos como para que figuraran en sus recuentos históricos. En cualquier caso, existe evidencia como para afirmar que la primera aparición de los eslavos en la Historia se produjo en torno al año 450 d. C., una vez que las invasiones de los hunos, a su vez, les obligó a desplazarse hacia el Norte, el Este y el Sur. Por una parte, aquel movimiento hacia el Sur fue de carácter exclusivamente migratorio y tuvo un ritmo gradual —de hecho, duró unos 100 años, aproximadamente— ya que los eslavos, a diferencia de los hunos, era un pueblo de pacíficos pastores.

Los eslavos comenzaron a extenderse, en primer lugar, por las colinas de Bohemia y Moravia y por las montañas de Eslovaquia, desechando, originalmente, las llanuras de Panonia, Valaquia y Moldavia, a las que consideraban muy vulnerables desde el punto de vista militar y defensivo; en segundo lugar, por Transilvania y el sur de los Cárpatos, donde fueron absorbidos posteriormente por los rumanos; y, en tercer lugar, por la península de los Balcanes, que ocuparon en su totalidad con la excepción hecha de los montes de Albania. Por otra parte, la migración hacia el Norte y el Este llevó a los eslavos hasta las tierras de lo que hoy conocemos como Rusia o como Ucrania.

En cuanto a las lenguas habladas por los eslavos, debería resaltarse el hecho de que, una vez que aquellas migraciones se dieron definitivamente por concluidas en el siglo XVII, el tronco original de la única lengua eslava

evolucionó hacia tres grandes familias de dialectos que se fueron adaptando a la nueva distribución geográfica que habían adoptado sus propios portadores. Así, el eslavo occidental acabó incluyendo los actuales polaco, checo y eslovaco; el eslavo meridional, agrupando a los actuales esloveno, serbo-croata —a pesar de contar con alfabetos distintos: el cirílico y el latino—, búlgaro y macedonio; y, por último, el eslavo oriental, permaneciendo casi como una sola lengua por sí misma, aunque las distancias geográficas han terminado por marcar ciertas diferencias dialectales entre el ruso, el ucraniano y el bielorruso.

Los otros grandes protagonistas de la historia de la Europa Central y del Este son los magiares, quienes nunca tuvieron ninguna vinculación étnica o lingüística con los pueblos eslavos. Por lo tanto, su lengua es extraña a la de sus vecinos y no tienen ninguna relación con el tronco de lenguas indoeuropeas. Su lugar de procedencia fueron las planicies centroasiáticas y aparecieron en Europa durante el siglo IX d. C. en el que acabaron por asentarse en la llanura de Panonia, una vez que su impulso migratorio fue frenado. Aquel asentamiento definitivo de los magiares provocó la separación física entre los eslavos occidentales —pobladores de Bohemia y Moravia— y los eslavos meridionales —establecidos en los Balcanes—.

El proceso de construcción de los Estados nacionales en la Europa Central y del Este se inició, tras la culminación de las corrientes migratorias y del asentamiento definitivo tanto de eslavos como de magiares, en torno al comienzo del segundo milenio de nuestra era.

Los búlgaros, por ejemplo, que eran un pueblo relacionado con los hunos y los magiares, conquistaron las tribus eslavas del bajo Danubio y fundaron el primer Estado nacional de la Europa Oriental —Bulgaria— en el que, posteriormente, fueron rápidamente asimilada por la población eslava conquistada. Bulgaria adoptó el cristianismo ortodoxo como religión oficial, mantuvo su lengua original —que no, la griega— y formó el alfabeto cirílico que acabaría siendo el de serbios y rusos. A pesar de que desapareció como Estado posteriormente, el imperio búlgaro llegó a abarcar los territorios de Serbia, Macedonia, Albania, Tracia e, incluso, Valaquia, en el momento de su máximo apogeo y expansión.

Simultáneamente a la expansión búlgara en el Sur, los eslavos del Norte formaron su primer Estado en el llamado de la «Gran Moravia». Ésta incluía la actual Checoslovaquia, el sur de Polonia y el noroeste de Hungría y sirvió como canal de conversión al cristianismo de los eslavos occidentales. Sin embargo, su supervivencia como entidad política diferenciada terminó en el año 907, momento en el que se produjo la invasión de los magiares. Aquella

desintegración trajo aparejada la aparición de otros Estados, ninguno de los cuales llegó a ser plenamente independiente: ese fue el caso de Eslovaquia, que desde el siglo X y por lo siguientes 1.000 años fue parte de Hungría; el sur de Polonia, que se convirtió en el embrión de la futura Polonia; y, finalmente, Bohemia-Moravia, que aunque autónoma, siempre permaneció bajo el control del imperio sacro-germánico.

Otro de los primeros Estados nacionales en ser fundados en Europa Central y del Este fue el de Polonia, que formalizó su constitución a mediados del siglo X a pesar de la lucha permanente que tuvo que sostener para mantener su independencia frente a las tendencias de expansión oriental de los alemanes. Desde su constitución, la historia del Estado polaco estuvo presidida por la ambición de ganar una salida al mar y por el establecimiento de una alianza dinástica con el reino de Lituania a través de la cual se llegó a formar un Estado que llegaba hasta el mar Negro. Durante los siglos XV, XVI y XVII, Polonia-Lituania vivió años de esplendor y de expansión que les llevó a conquistar Ucrania y la capital del propio Estado moscovita. Sin embargo, las debilidades internas de su reino provocaron el que vecinos más fuertes —Prusia, Austria y Rusia— terminaran por repartirse su territorio y sancionaran su extinción física como nación.

Hungría fue el tercer gran Estado nacional que se constituyó en Europa Central y del Este en el momento de la transición del primer al segundo milenio. Los magiares, una vez que su expansión occidental fue parada por los alemanes en el año 955, se establecieron definitivamente en Panonia, fundaron su Estado y se convirtieron al cristianismo en el año 1001 gracias a la voluntad de su primer monarca, San Esteban. Posteriormente, a los territorios originales del Estado húngaro se le sumaron los de Eslovaquia, los de Transilvania a comienzos del siglo XI —y, un siglo más tarde, los de Croacia—.

Paralelamente, el fracaso del primer experimento de constitución de un Estado búlgaro —tal y como se señaló anteriormente— sirvió de oportunidad para que los eslavos del Sur tomaran los territorios de Montenegro como punto de partida para la formación de un Estado —Serbia— al que, más tarde, se le sumarían los de Albania, Macedonia y Bulgaria y al que se le dotaría de su propia Iglesia ortodoxa independiente.

Finalmente, Valaquia y Moldavia fueron los dos últimos Estados en fundarse en Europa Central y Oriental; extendiendo sus dominios al sur del Danubio y al este del Dniéster, respectivamente.

Sin embargo, ese primer impulso de los pobladores de la Europa Central y del Este para dotarse de entidades e instituciones propias que reflejaran su

voluntad de pervivir, crecer y desarrollarse como pueblos autóctonos se vio abortado durante gran parte de la duración de la era moderna en esa área del continente europeo. En efecto, la historia de Europa Oriental entre los años 1400 y 1800 fue, fundamentalmente, la de la dominación de todos esos territorios —con la sola excepción de Montenegro— por parte de dos grandes potencias extranjeras: el imperio turco y el imperio habsburgo.

En el caso de los turcos, éstos se convirtieron —tras su victoria militar sobre los serbios en la batalla de Kosovo Polje en el año 1389— en los protagonistas del sur de la Europa Oriental durante los cinco siglos siguientes. Los Balcanes adquirieron para el nuevo poder dominante un valor estratégico singular debido a su ubicación geográfica central entre Istanbul y Viena; y tanto las ciudades serbias como las búlgaras se convirtieron en fortalezas y centros comerciales, a la vez bajo el estrecho control de los invasores. En el caso de los rumanos de Valaquia y Moldavia, los turcos negociaron un sistema de convivencia mediante el cual aquéllos mantuvieron el derecho a gestionar sus propios asuntos a cambio de que no se resistieran militarmente a la presencia de éstos y de que, además, mostraran su lealtad y contribuyeran económicamente al sostenimiento del poder turco en la región. En cambio, los montenegrinos, gracias quizás a la rugosidad de su orografía, nunca fueron realmente conquistados por los turcos; mientras que los albaneses, por contra, no sólo aceptaron el nuevo estado de cosas impuesto por la presencia turca sobre sus tierras, sino que internalizaron los valores de los invasores hasta tal punto que acabaron convirtiéndose al islamismo.

Paralelamente el engrandecimiento del imperio turco en Europa Central y Oriental, la Corona imperial austriaca de los Habsburgo amplió el área de su soberanía de la que pasaron a formar parte muchos de los pueblos que habían intentado constituirse como Estados independientes en los siglos precedentes. Ese fue el caso, entre otros, del reino húngaro —que incluía, por entonces, a Croacia, Transilvania y Eslovaquia— que, aún habiendo sido derrotado inicialmente por los turcos en el año 1526, se integró en el imperio habsburgo tras su posterior liberación del turco en el año 1699. También, la Bucovina rumana, la Galitzia polaca y partes de la costa dálmata fueron anexionados a los territorios de los Habsburgo. Finalmente, los Habsburgo terminaron por hacer desaparecer la conciencia nacional checa durante dos siglos, durante los cuales Bohemia estuvo bajo control austriaco.

No obstante, los cuatro siglos continuados de dominio simultáneo y paralelo tanto de turcos como de habsburgos sobre Europa Central y del Este comenzaron a resquebrajarse lentamente con el alumbramiento del siglo

representativo por excelencia del sentimiento nacionalista: el siglo XIX. Efectivamente, durante todo el siglo XIX, y de manera especial durante su primera mitad, la eclosión de las ambiciones de plasmación política de la conciencia nacional penetró en muchos de los pueblos que habitaban Europa Oriental.

Así, polacos, checos, serbios o ucranianos comenzaron a organizarse y a manifestar frente a sus respectivas autoridades su deseo de constituir, en unos casos, o reconstituir, en otros, sus propios Estados nacionales. Los polacos, por una parte, dedicaron muchos años de ese siglo XIX a confrontar su fuerte nacionalismo de raíz francesa al férreo control que los zares ejercían sobre su antiguo territorio. También, los checos, favorecidos por el crecimiento económico que se experimentó en su territorio, forjaron el surgimiento de unas nuevas clases educadas que fermentaron, finalmente, el renacimiento del sentimiento nacional checoslovaco frente al dominio germano. A su vez, los serbios, aunque fuera más la continuación de la batalla iniciada tras la derrota del año 1389 que el efecto de la ola de nacionalismo europeo ochocientista, fueron el primer pueblo en librarse, con la ayuda valiosa de los rusos, del yugo de los turcos en la Europa Oriental. Y, por último, los ucranianos fueron desarrollando, aunque de forma larvada, su sentimiento nacional hasta el momento en que, durante la Primera Guerra Mundial, éste apareció con toda su fuerza y raigambre.

Aunque muchos de estos pueblos no consiguieron sus objetivos nacionales durante la primera mitad del siglo XIX —excepción hecha del caso ya mencionado de los serbios—, el resquebrajamiento de la autoridad y la legitimidad de los imperios turco y habsburgo en Europa Central y Oriental tomó una inercia imparable que se vería sancionada en los hechos tras el final de la Gran Guerra.

Dentro de la Corona imperial austríaca, el descontento de muchos de sus pueblos integrantes hacia las autoridades fue en aumento progresivo; incluso, entre aquellos que habían colaborado con el poder imperial para acabar con el movimiento democrático nacionalista de 1848 —como fue el caso de croatas, rumanos y eslovacos— y que, posteriormente, no se vieron recompensados por la monarquía tal y como ellos esperaban. Complementariamente, el sentimiento nacionalista se extendió también entre aquellos otros pueblos que ni habían participado en la organización de las rebeliones de 1848, ni habían colaborado en su represión: ese fue el comportamiento, por ejemplo, de checos, polacos, ucranianos y eslovenos.

El estado de cosas se agravó dentro de la monarquía de los Habsburgo ya que su reacción al movimiento de 1848 fue la de suprimir toda manifestación

de nacionalismo dentro de su territorio. Aún así, la Administración habsburga se vio obligada a llegar a un compromiso con los magiares mediante el cual la monarquía pasó a tener un carácter dual a partir del año 1867 y el imperio fue dividido en dos partes, garantizándoseles a los húngaros el cogobierno de sus territorios desde Budapest. A su vez, los magiares establecieron en el año 1868 un sistema de acuerdo con los croatas —conocido como *Nagodba*, en serbo-croata— mediante el cual a éstos se les reconocían ciertos derechos de gestión de sus propios asuntos dentro de la mitad húngara del imperio habsburgo.

Simultáneamente, el año 1875 marcó el comienzo de las revueltas generalizadas de los eslavos en los Balcanes contra sus dominadores, los turcos. De hecho, la rebelión de los serbios —que acabó forzando la reconstitución de los Estados independientes de Serbia y Montenegro— contagió a sus vecinos búlgaros y macedonios, que siempre contaron con el apoyo y la simpatía de su «hermano mayor» —Rusia— y de las Iglesias ortodoxas de Rumania y de Grecia. El apoyo ruso a la resistencia eslava contra los turcos en los Balcanes se puso de manifiesto tanto en la victoria de aquéllos sobre éstos en la guerra de 1877 y 1878 como en la oportunidad que de aquella victoria se hizo para sancionar —mediante el Tratado de San Stefano— la constitución de la llamada «Gran Bulgaria»; por mucho que los búlgaros se vieran obligados, tras el Congreso de Berlín, a reducir sus fronteras iniciales.

Durante los primeros años del siglo XX, el debilitamiento del imperio turco en Europa se acentuó. Serbia, cuyo liderazgo en esa tarea fue indiscutible, desarrolló una política cada vez más ambiciosa hacia los Balcanes. Por una parte, lanzó, con bastante éxito entre croatas y eslovenos su proyecto de construir un Estado para todos los eslavos del Sur. Por otra parte, desarrolló una diplomacia múltiple y una política de alianzas cambiante que le permitió, bien a costa de los turcos o bien a costa de los búlgaros, constituir un Estado fuerte en el centro de la península Balcánica desde el que pudo desarrollar su idea de formar una nación de eslavos en dicha península. Además, estos primeros años del siglo XX significaron la pérdida progresiva de la autoridad que Austria-Hungría ejercía sobre las poblaciones eslavas del sudeste de Europa. Aún más, éstas —ya fueran serbios o rumanos de Transilvania— empezaron a albergar ambiciones de enfrentamiento directo con la monarquía bicéfala.

El estallido de la Primera Guerra Mundial en el año 1914 catalizó las disputas nacionalistas que habían recorrido el centro y el este de Europa desde el

comienzo del siglo XIX. Su conclusión, coadyuvó a la primera configuración de los perfiles de la Europa Oriental contemporánea.

La Gran Guerra tuvo sus orígenes en la combinación explosiva de las tensiones regionales, por un lado, con la rivalidad entre las grandes potencias del momento, por otro.

La primera línea de fractura en el continente europeo en el año 1914 era la que enfrentaba la competencia austro-húngara y la rusa por el control del sudeste europeo. Mediante dicha competencia, Rusia intentaba evitar la expansión de Austria-Hungría hacia la frontera meridional rusa y su posible interferencia en la ruta del comercio del grano ruso a través de los estrechos del mar Negro. Por su parte, Austria-Hungría desconfiaba de las actividades rusas en los Balcanes en favor de los pueblos eslavos y temía que dicha penetración pudiera representar un riesgo para la propia seguridad de la monarquía dual.

La segunda línea de fractura existente en Europa en vísperas del verano del año 1914 era de carácter múltiple y concernía al posicionamiento de las grandes potencias europeas ante la disputa ruso-austriaca. Alemania, por ejemplo, acabó tomando partido en favor de su larga y estrecha relación con Austria-Hungría; Francia, por otra parte, era la inspiradora ideológica del espíritu nacionalista de la mayoría de los pueblos sometidos a la Corona austro-húngara y era, además aliada de Rusia desde el año 1894; y, finalmente, la Gran Bretaña acabó temiendo más la carrera de armamentos en la que se sumió el Gobierno alemán durante las primeras décadas del siglo XX, que los riesgos naturales que un hipotético control por parte de la Armada rusa del mar Negro pudieran representar para su línea marítima de comunicaciones con la India por lo que, en fin, abandonó su política tradicional de apoyo al imperio turco.

En cuanto al propio desarrollo del conflicto, la Primera Guerra Mundial tuvo una evolución paralela en tres frentes cuya repercusión sobre el futuro desarrollo político de la Europa Central y del Este fue dramática.

En el frente central, Alemania y Rusia se enfrentaron en una campaña que, a pesar del empuje inicial ruso, culminó con una ofensiva alemana sobre la propia Rusia —cuya victoria quedó sancionada por el Tratado de Brest-Litovsk del año 1918— que llevó aparejada la apropiación de parte de Polonia por parte de Alemania. Además, en el frente de Galitzia y Ucrania, el esfuerzo inicial de Rusia no fue suficiente como para evitar que al final de la guerra, Alemania hubiera llegado hasta la Ucrania Central y hubiera ocupado Kiev. Por último, en el frente meridional, las tropas austro-húngaras sufrieron

sucesivas derrotas en Serbia en su intento original de realizar una rápida operación de castigo sobre los serbios que les permitiera volver su atención hacia el frente ruso. Posteriormente, Bulgaria terminó por inclinar su apoyo hacia los poderes centrales y recibió Macedonia a cambio de su alineamiento. A pesar de los éxitos de la primera hora, Serbia tuvo que optar por una retirada táctica hacia Albania, Grecia y la isla de Corfú, desde donde se unieron a las fuerzas aliadas en su ofensiva a través de Salónica tres años después. También en el frente de los Balcanes, Rumania que, aunque oficialmente estaba aliada a los poderes centrales, mantuvo un cierto *status* de neutralidad durante los primeros meses de la guerra para posteriormente, unirse a los aliados en el año 1916. Su ubicación central y la derrota rusa arrastraron a su propia invasión —que se produjo en mayo de 1918— y, después, a su rendición de la que, una vez que se produjo el colapso del imperio austro-húngaro meses más tarde —en otoño de ese mismo año—, se retractarían para inmediatamente, pasar a apropiarse de la Transilvania.

El resultado final de la Primera Guerra Mundial en Europa Central y del Este y su plasmación legal en los acuerdos firmados en la Conferencia de Paz —influenciados por declaración de los catorce puntos del presidente de los Estados Unidos, Woodrow Wilson—, que supuso el reconocimiento del principio de la autodeterminación de los pueblos sólo sirvió para aplazar, en algunos casos, y para agravar, en otros muchos, los problemas fronterizos y de nacionalismo irredentista que iban a obsesionar a los pueblos que habitaban aquellos territorios durante el resto del siglo XX y que, tras el derrumbamiento de los regímenes comunistas, han resurgido a la superficie de la política de la Europa Oriental con la misma fuerza con la que estaban planteados en aquellos días de principios del siglo XX.

Así, los polacos, por ejemplo, consiguieron al final de la Gran Guerra, a pesar de no haber contado durante los últimos años del conflicto con ninguna forma tangible de entidad política nacional, que los aliados les permitieran sentarse en la Conferencia de Paz convocada con posterioridad a la finalización de los combates y que, por lo tanto, se les reconociera el hecho de que sus representantes hubieran actuado de forma beligerante frente a las potencias centrales. De hecho, Polonia salió de la Conferencia de Paz reconocida como país independiente, aunque no pudiera rediseñar sus fronteras del año 1772: recuperó Poznanía y Pomerania —incluyendo un corredor hasta el Báltico—; Danzig fue declarada ciudad libre; Silesia fue dividida entre polacos, checos y alemanes; Vilnius —en Lituania— y Lvov —en Ucrania— fueron declaradas ciudades libres; y, por último, se estableció su frontera oriental —la llamada línea Curzon— que, en los años

sucesivos, se movió a impulsos expansionistas de los propios polacos hacia el Este y a empujes militares rusos hacia el Oeste para que, finalmente, los límites orientales del nuevo Estado polaco recibieran una interpretación generosa.

En el caso de checos y eslovacos, a pesar de no haber contado tampoco con un territorio nacional durante décadas, éstos actuaron con la suficiente sagacidad y celeridad nada más terminar el conflicto para conseguir el reconocimiento de su nuevo Estado —Checoslovaquia— por parte de los aliados en octubre del año 1918. Los acuerdos de la Conferencia de Paz asignó a esta nueva Checoslovaquia parte del sur de Silesia —Teschen-Silesia—, le reconoció los derechos históricos sobre los Sudetes y sobre el sur de Eslovaquia en oposición a la reclamación de Alemania y a la de Hungría, respectivamente, y le otorgó Carpató-Rutenia.

Los húngaros, por otra parte, se encontraron con el hecho de que el final de la guerra y el colapso del imperio austro-húngaro trajeron aparejado, de forma sorprendente, el surgimiento de Hungría, aceptado por todos, como Estado independiente; si bien, como condición necesaria de satisfacción para el cumplimiento de ese reconocimiento, las nuevas autoridades húngaras se comprometieron a renunciar a cualquier ambición territorial sobre sus vecinos. De esa forma, Hungría perdió automáticamente todas las disputas fronterizas en las que estaba envuelta: sobre Eslovaquia frente a Checoslovaquia, sobre Transilvania frente a Rumania y sobre Croacia y Vojvodina frente a la recién creada Yugoslavia.

Los rumanos, tal y como se acaba de señalar, obtuvieron el retorno de la jurisdicción de Transilvania en recompensa a su posicionamiento favorable a los países aliados y, aunque habían sido derrotados y ocupados por los alemanes, su liberación y el hundimiento simultáneo del imperio ruso les hizo concebir esperanzas de que podrían recuperar, además, la Besarabia. Finalmente, la firma de los acuerdos de paz vinieron a confirmar los mejores presagios rumanos ya que tuvieron mucho éxito al poder adueñarse de todos aquellos territorios que ambicionaban; las mencionadas Transilvania, de manos de los húngaros, y Besarabia, tras el vacío de poder producido en una Rusia inmersa en una guerra civil; y, complementariamente, de la Bucovina, separada anteriormente de Moldavia por los austriacos, de Dóbréga, en poder de los búlgaros, y de grandes partes de Ucrania.

Por contra, el balance final de la Primera Guerra Mundial para los búlgaros fue muy negativo. El deseo de revancha de Bulgaria tras la segunda guerra balcánica la empujó del lado de las potencias centrales con cuya ayuda consiguieron hacerse, temporalmente, con el control de la ansiada Macedonia,

de parte de Albania y de Dóbraga. Sin embargo, la derrota posterior del año 1918 les terminó por arrebatarse todas sus conquistas iniciales dejando a Bulgaria en una situación de postración nacional comparable a la de Hungría. Perdió Dóbraga frente a los rumanos, tal y como se ha mencionado anteriormente, y Macedonia frente a la nueva Yugoslavia; sólo su frontera con Turquía permaneció inalterada.

El caso más extraordinario del proceso de reordenación fronteriza y, a fin de cuentas, nacional que sancionó la conclusión de la Primera Guerra Mundial lo representó la fundación del Estado yugoslavo. Acelerado por los primeros fracasos militares de los años 1915 y 1916, el proyecto de creación de un Estado nacional para todos los eslavos del Sur ganó terreno entre los serbios, croatas y eslovenos —que se mantenían, entonces, todavía bajo la jurisdicción del imperio austro-húngaro—. Aquella idea terminó plasmándose en el año 1917 en el documento firmado por las tres partes en la isla de Corfú mediante el cual todas ellas se comprometían a la constitución de un nuevo Estado unificado bajo la monarquía de la familia real de los Karagjorgjevic. Esa Yugoslavia unificada comenzó su existencia resolviendo las disputas fronterizas pendientes con griegos, rumanos y búlgaros, manteniendo Rijeka y el área que bordeaba Trieste frente a las ambiciones de los italianos y diseñando *ex novo* sus fronteras septentrionales entre Eslovenia y Austria y entre Croacia y Hungría, respectivamente.

Por último, los resultados en el campo de batalla y los acuerdos de paz en la mesa de negociaciones resultantes de la Gran Guerra se cerraron con la recreación de la independencia de Albania —que terminó la guerra con su territorio ocupado bien por serbios, griegos, montenegrinos, austro-húngaros o franceses— con las fronteras que tenía en el año 1914; aunque sobre ella Italia iba a mantener, a partir de aquel momento, un dominio *de facto* que limitaría su soberanía nacional recién recuperada.

Sin embargo, tal y como se ha señalado antes, los acuerdos de paz del año 1918 no dejaron zanjados definitivamente los problemas que habían reconocido los territorios de la Europa Central y del Este. De hecho, durante el posterior período de entreguerras —es decir, entre los años 1918 y 1941— los conflictos fronterizos y la explosión incontrolada de los nacionalismos irredentistas vinieron a poner de manifiesto la fragilidad del estado de cosas sancionado tras el final de la Primera Guerra Mundial.

Efectivamente, los acuerdos de la guerra habían dibujado un mapa de Europa Oriental en el que pervivían los resentimientos larvados por unos compromisos territoriales que no habían dejado satisfecho a muchos de los países que iniciaron el conflicto con disputas fronterizas pendientes. Así, los

países de Europa Central y del Este se agruparon, en lo que a la resolución de sus enfrentamientos por razón de sus fronteras se refiere, entre aquellos que se declararon descontentos por los resultados de la conferencia y los tratados de paz y que, por lo tanto, estaban dispuestos a alterar el *statu quo* en ese momento para eventualmente, tomarse una revancha por la vejación nacional a la que, según ellos, habían sido sometidos —en otras palabras, los derrotados de la guerra: Hungría y Bulgaria—; y entre aquellos otros que estimaban que el final del conflicto se había saldado con una justa resolución de la mayoría de sus aspiraciones nacionales —en definitiva, el resto; excepto Albania que, simultáneamente, quería mantener lo conseguido y hacerse con algo más— y que, por ello, estaban dispuestos a defender el resultado de las negociaciones del año 1918.

Con ese telón de fondo, el comportamiento de los países del centro y del este de Europa estuvo fundamentalmente regido durante los años de entreguerras por consideraciones exclusivamente nacionalistas e irredentistas; para lo que, además, ninguna de ellas pudo contar con el auxilio de las grandes potencias europeas occidentales ya que, por unas razones y otras, éstas obviaron sus compromisos de seguridad con aquella área geográfica por mor de la urgencia que su propia seguridad nacional exigía en dichos momentos.

No es sorprendente, entonces, que, por ejemplo, la ocupación del Sudetenland por parte de Alemania fuera utilizada por los húngaros con el correspondiente permiso de los alemanes, para realizar ajustes fronterizos en Eslovaquia y en Carpato-Rutenia; o por los polacos para hacerse con la parte de la Silesia del Sur que no controlaba, es decir, Teschen. Paralelamente, el gran poder oriental —la Unión Soviética— utilizó el Pacto Molotov-Ribbentrop del 1939 con los alemanes, amén de otras garantías posteriores, para actuar libremente tanto en los países bálticos como al este de la línea Curzon polaca para apoderarse de la Besarabia.

En pocos años, a la altura del 1941, las rivalidades territoriales entre los países de Europa Oriental habían quedado desdibujadas ante el incontrovertible hecho del dominio que las potencias del Eje habían impuesto sobre todas esas naciones del centro y del este de Europa que habían surgido como entidades plenamente independientes durante las primeras décadas del siglo XX. Bien la conquista y la ocupación militar —sobre Checoslovaquia, Polonia, Yugoslavia y Albania— o bien la servidumbre política, militar y económica —sobre Hungría, Rumania y Bulgaria— terminaron por desvanecer las ilusiones alimentadas por los principios que dieron vida a los principios del presidente de Estados Unidos, Woodrow Wilson.

El desarrollo de la Segunda Guerra Mundial en la Europa Central y Oriental, es decir entre los años 1941 y 1945, fue una experiencia de rasgos variados, dependiendo de las áreas geográficas respectivas, pero que, asimismo, tuvo unos perfiles comunes a todos sus territorios bien destacados.

En el caso de Checoslovaquia, la guerra y la ocupación comenzó realmente en el año 1938. Hitler forzó la separación de Eslovaquia a la que puso bajo el control de un gobierno marioneta de los alemanes hasta que, finalmente, fue ocupada por ellos en el año 1944; mientras que el resto del país —rebautizado como el Protectorado de Bohemia-Moravia— cayó desde muy pronto bajo el dominio alemán. Polonia, también sufrió la ocupación alemana y, desde el comienzo de la Segunda Guerra Mundial para ellos en el año 1939, le fueron arrebatados por Alemania los territorios de Posen, Pomerania y Silesia. Por otra parte, Rumania y Hungría apenas experimentaron los horrores de la guerra ya que no sufrieron ocupación de sus propios países hasta el año 1944; todo lo contrario, se lanzaron al frente oriental y Rumania, por ejemplo, recuperó Besarabia y Bucovina de la Unión Soviética.

El desarrollo de la guerra en Yugoslavia, en cambio, fue bien distinto al que tuvo en estas dos naciones anteriores. El país fue destrozado en el año 1941 y, posteriormente, ocupado por los Ejércitos de cuatro potencias distintas: Alemania, que se anexionó gran parte de Eslovenia; Italia, que se hizo con el resto de Eslovenia y a la que, junto con la Dalmacia, incorporó a su reino; Hungría, que tomó Vojvodina; y Bulgaria, que fue recompensada con Macedonia. Complementariamente, Albania se quedó con Kosovo. El territorio restante de la antigua Yugoslavia se dividió en dos: el Estado independiente de Croacia y lo que quedaba de Serbia, que fue puesta bajo la autoridad directa de Alemania.

Finalmente, el escenario de la Europa Central y del Este durante los años de la Segunda Guerra Mundial lo completaba Bulgaria que no llegó a estar bajo el control de ninguna potencia extranjera y sirvió como frente de batalla, sólo de forma tangencial, en el año 1944 y que, de hecho, fue el país de la Europa Oriental que menos sufrió los efectos de la guerra.

No obstante, a pesar de todas estas singularidades nacionales, la Segunda Guerra Mundial tuvo rasgos comunes a todos los países de la Europa Oriental. Sobre todos ellos, destacó el hecho de que la destrucción en Europa Central y del Este fue mayor a la que se sufrió en Europa Occidental; tanto en número de bajas —fundamentalmente civiles—, como en extensión de territorio destrozado —especialmente, las ciudades— y en volumen de infraestructura inutilizadas.

Como conclusión a este repaso de la historia anterior a la implantación del comunismo en la Europa Oriental, podría señalarse el hecho de que a través de los siglos se ha ido configurando una división administrativa y política de esa zona del continente europeo mediante la cual, y a pesar de todas las variaciones geográficas producidas a lo largo de los siglos, se pueden distinguir claramente un grupo de naciones y regiones que dan expresión real al concepto de Europa Central y otro, al de Europa del Este.

Así, la Europa Central incluiría las tierras que, en su día formaron parte de la cristiandad occidental. Es decir, las viejas tierras del imperio habsburgo, Hungría —fundamentalmente, las llanuras de Panonia y sus subregiones del Transdanubio, la Gran Llanura y las montañas septentrionales—, Checoslovaquia —con sus dos Repúblicas de Bohemia-Moravia y Eslovaquia— y Polonia incluyendo definitivamente las regiones de Galitzia, Silesia, Mazovia, «Gran Polonia» y Pomerania.

Mientras que, dada esta división, la Europa del Este agruparía los territorios que se desarrollaron políticamente bajo la égida de la Iglesia ortodoxa. Es decir, sin contar la antigua Unión Soviética, serían Rumania —y sus regiones de la Transilvania, Valaquia, Moldavia y Dobrogea—, Bulgaria —ocupando la llanura búlgara, la montaña Balcánica, el valle central de Maritsa y las montañas Rodope—, Albania y la resultante del inacabado proceso de desmembración de Yugoslavia —Croacia y Eslovenia, entre ellas—.

El imperio soviético

El final de la Segunda Guerra Mundial supuso para los países de Europa Central y del Este el comienzo de una de las transformaciones más dramáticas de la historia de esa parte del continente y, sin duda y simultáneamente, la más perversa de las evoluciones políticas que podrían haber sufrido los pueblos que lo habitaban desde hacía siglos. La imposición paulatina, pero decidida, del totalitarismo comunista bajo el patronazgo de la gran potencia del Este —la Unión Soviética; por mucho que fuera liberadora física del totalitarismo fascista— iba a traer acompañada el intento doble de desarraigar de la memoria de los habitantes de aquellos países, en primer lugar, las tradiciones políticas y culturales de sus sociedades civiles respectivas y, en segundo lugar, los pilares de sus propias historias nacionales.

De hecho, la extensión del soviétismo hasta la línea fronteriza de los ríos Oder-Neisse nació de la contradicción que se produjo en el año 1945 entre el apoyo estadounidense a la autodeterminación de los pueblos que habitaban el centro y el este de Europa, por una parte, y los intereses de la

Unión Soviética de preservar sus intereses de seguridad creando un glacis de protección estratégica en Europa Oriental, por otra. Así, la política de Estados Unidos para Europa Central y del Este tras la conclusión de la guerra —formalizada en la llamada Declaración de los Pueblos de la Europa Liberada, que prometía elecciones libres en todos aquellos países y por la que se agitaron principios como los de autodeterminación, elecciones libres o democracia— fue posteriormente, subordinada al objetivo de concentrar esfuerzos en la consolidación política y económica de la Europa Occidental, una vez que se comprobó como la Unión Soviética materializaba su amenaza de hacerse con el control de la Europa Oriental. En efecto, la Unión Soviética, aunque había quedado como la única responsable de administrar y observar el compromiso de poner en marcha los procesos electorales que devolvieran a las naciones de Europa Central y del Este su soberanía, puso en marcha un proceso de amañeo de elecciones, juicios sumarios y purgas y extensión del terror policial cuyo ritmo fue constante e imparable hasta que, finalmente acabó haciéndose con todo el poder en la Europa Oriental.

Por tanto, durante los años cincuenta, el estalinismo experimentado en la Unión Soviética durante los años treinta tuvo su reedición en la Europa Central y del Este con la imposición fatal del comunismo de corte soviético. En el orden económico, esto representó un proceso forzoso de imposición de nacionalizaciones empresariales y de industrialización acelerada, que obligó a la sustracción del sector primario y del consumo del capital necesario para financiar dicha política de industrialización a la fuerza. En el terreno de la política, ese triunfo de totalitarismo se llevó a la práctica mediante un proceso por etapas en el que los respectivos partidos comunistas nacionales aceptaron, en su primera fase, en colaborar con auténticas coaliciones de gobierno compartido —en las que participaban junto con los partidos socialdemócratas o los partidos campesinos— para, posteriormente, transformar aquellas coaliciones en meras pantallas de creciente poder comunista y para por último, pasar a desempeñar el control total, abierto y descarnado de las estructuras de gobierno.

Desde aquel instante, y hasta su colapso a partir del año 1989, todo intento de reformar desde arriba el sistema político autoritario y el centralismo económico —en un intento de hacerlo derivar hacia lo que se vino en llamar como el socialismo de rostro humano o el socialismo *goulash*— fue recurrentemente suspendido con brusquedad por las autoridades cuando amenazaba con provocar cambios políticos radicales en el seno de los propios regímenes comunistas.

Nunca el autoproclamado socialismo real del Bréznev —que no era más que el intento de adquisición por parte de los países comunistas de tecnología occidental para incorporarla a la economía socialista y estimular ciertos niveles de consumismo entre la población—, ni la llamada descentralización económica —es decir, la utilización de ciertos mecanismos del mercado como, por ejemplo, la determinación independiente de los precios basada en las leyes de la oferta y de la demanda, tal y como se puso en práctica en Hungría con el «Nuevo Mecanismo Económico»—, ni la descentralización administrativa —que pretendía la devolución del proceso de toma de decisiones económicas desde las autoridades centrales a las direcciones de las empresas— pudieron enmascarar la realidad de que la llegada del comunismo a Europa Central y del Este había arrebatado a sus habitantes de los recursos indispensables para poder seguir gestionando libremente su propio futuro.

Los levantamientos populares anticomunistas, que salpicaron la historia de muchos de los países de la Europa Oriental tras la imposición del totalitarismo —Hungría, 1956; Checoslovaquia, 1968; o Polonia, 1980-1981—, fueron expresión y recordatorio para el Mundo de que los pueblos de la Europa Central y del Este no aceptaban el estado de cosas al que se les había forzado.

Sin embargo, también fueron la oportunidad para que los soviéticos declararan su disposición al uso de la fuerza, si era necesario, como así lo fue, para prevenir amenazas contra lo que ellos consideraban sus intereses vitales; que no eran otra cosa sino que el mantenimiento de la orientación leninista-soviética dentro de los partidos comunistas nacionales en la Europa Oriental. Por ello, los procesos de reforma política que podían haber alterado el carácter y el sentido del dominio comunista en los países del centro y del este de Europa nunca fueron tolerados. Aún más, después de las revueltas del año 1968 en Checoslovaquia, la Unión Soviética llegó a formular una doctrina la llamada Bréznev —que estatuyó el derecho de la Unión Soviética para intervenir militarmente, en defensa del socialismo, allá donde éste pudiera estar en peligro—. Desde entonces, todos los debates y todos los intentos encaminados a encontrar caminos reformistas o nacionalistas en el comunismo, distintos, por tanto, a los impuestos por Moscú, estuvieron llamados al fracaso.

No obstante, a finales de la década de los años ochenta, el desprestigio y la deslegitimación creciente de los comunistas, el agravamiento de la situación económica y la explosión del apoyo social hacia la oposición anticomunista, vinieron a combinarse, junto con otra serie de factores analizados más

abajo, para poner en cuestión la razón de ser de un régimen extraño a los pueblos de Europa Oriental y sobre los cuales se había impuesto por la fuerza.

La revolución democrática

La revolución democrática que ha recorrido Europa Central y Oriental desde el año 1989 y que, finalmente, ha conducido al colapso de la experiencia castradora del comunismo han confluído una serie de factores que la han hecho posible.

Por una parte, el estado permanente de crisis económica en el que vivían los anteriores países comunistas de Europa fue minando progresivamente el principio básico sobre el que se justificaba, la legitimidad política los regímenes gobernados por el sistema del partido único: según esa lógica del comunismo imperante, la renuncia a la libertad era el precio que las sociedades de la Europa Oriental, supuestamente tenían que pagar para alcanzar niveles de prosperidad económica social e individual desconocidos para ellas hasta entonces. Sin embargo, la realidad era, para desgracia de los pueblos que vivían en la Europa Central y del Este, bien distinta. Los regímenes comunistas no sólo eran incapaces de proveer el necesario crecimiento, sino que la economía de sus respectivos países perdía peso de forma progresiva en la economía mundial. En el año 1975, por citar algunos datos, la Agencia de Información Central (CIA) estadounidense había señalado que la media del Producto Interior Bruto (PIB) de los países del centro y del este de Europa representaba un 32% del de los Estados Unidos de América.

Catorce años más tarde, esa misma cifra, según la misma fuente, había descendido a un 27% (1). Si a estos datos, ya de por sí dramáticos, uno toma en consideración la masiva extensión del fenómeno de la corrupción, no es sorprendente —por mucho que Occidente haya sido miope a los signos que aventuraban el cambio que se avecinaba hasta el momento de su misma materialización— que la ineficacia del sistema condujera al descreimiento y, posteriormente, el cinismo de la población en Europa Oriental sobre el cumplimiento de las promesas de sus gobernantes.

Al deterioro continuado de la situación material de los habitantes de la Europa Central y del Este, se le sumó también el papel que el cristianismo

(1) Por países, esos valores, en el año 1989, según la propia CIA, eran los siguientes: el PIB de la antigua República Democrática de Alemania, un 46% del de Estados Unidos; el de Checoslovaquia, un 37%; el de Hungría, un 29%; el de Bulgaria, un 27%; el de Yugoslavia, un 26%; el de Polonia, un 22%; o el de Rumania, un 16%.

—en todas sus Iglesias: católica en Polonia, protestante en Alemania del Este y ortodoxa en los Balcanes— ha estado jugando en la aceleración del colapso de los regímenes comunistas. Sin duda, la erosión de la legitimidad del comunismo fue puesta en marcha por la eclosión de actores internos a esos países —grupos no gubernamentales, independientes, asociaciones e instituciones de todo tipo— que, con su trabajo, fueron reforzando la fortaleza emergente de una sociedad civil que había estado durmiente bajo el dominio totalitario de los Estados comunistas dirigidos por los partidos leninistas. El proceso de recuperación de la política fuera de los dominios y contra los designios del control ejercido por las organizaciones comunistas —sindicatos independientes, universidades itinerantes, clubes de debate, etc.— sirvió, en definitiva, como catalizador interno para el final del comunismo en Europa.

No obstante, y a pesar del efecto que todos estos factores internos pudieran haber tenido en la iniciación de la revolución democrática, otras variables de carácter externo fueron vitales para el comienzo de una revolución de tanto profundo contenido democrático.

Entre todas ellas, destacó la reformulación de la política exterior de la Unión Soviética —el gran patrón del comunismo europeo— en torno a la formulación del llamado principio del «Nuevo Pensamiento» que alteró los fundamentos básicos y tradicionales de la política exterior de ese país. A partir de ese momento, la dirección del PCUS declaró que la política exterior soviética dejaría de estar basada en el principio de que la condición fundamental del sistema internacional y sus relaciones dentro de éste fuera el de la lucha de clases. Bien al contrario, el PCUS declaró oficialmente que el concepto de la defensa de los «valores humanos comunes» —tales como la prevención de una guerra nuclear global o la consecución de un desarrollo económico pacífico— pasaban a tener más importancia para la formulación de la política exterior de la Unión Soviética que cualquier otro concepto basado en diferencias políticas o ideológicas.

Oficialmente, la razón que justifica ese cambio tan radical era el reconocimiento de que la creciente interdependencia informativa, social, económica y política —*vzaimozavisimost*, como se la definía en ruso— creaba nuevas oportunidades y potencialidades para mantener la seguridad nacional y, simultáneamente, exigía de nuevos esfuerzos que excedían a los puramente militares. En otras palabras, esta nueva filosofía de política exterior es lo que el periodismo ha convenido en definir vulgarmente como la doctrina Sinatra —en oposición a la periclitada doctrina Bréznnev—; es decir, un concepto de

política exterior mediante el cual la Unión Soviética permitió que cada país ejerciera su derecho de seguir su camino hacia el socialismo a su propia manera. Sin duda, a todo ello tampoco fue extraño la presión que sobre la Unión Soviética ejerció la política exterior norteamericana bajo el liderazgo republicano y, especialmente, la del presidente Ronald Reagan y su amenaza de desarrollar un proyecto de defensa estratégica espacial, de indudable efecto disuasorio.

Al final del camino, si hubiera algo por lo que debiera reconocerse públicamente el papel desempeñado por Mijail Gorbachov como último secretario del PCUS sería por haber mantenido las tropas soviéticas acuarteladas en sus unidades sin sucumbir a la tentación de utilizarse, una vez más, como en el pasado, para paralizar una revolución que, ésta sí, sería finalmente la auténticamente revolucionaria.

La apertura de la frontera húngara en mayo del año 1989 fue la válvula que abrió un caudal de aspiraciones democráticas imparables. Durante el invierno de los años 1989 y 1990, la liberación de la Europa Central y del Este era un hecho prácticamente irreversible; si bien, en los países del Norte —la desaparecida República Democrática Alemana, Polonia, Checoslovaquia y Hungría— la eliminación de sus gobernantes comunistas se produjo en cuestión de meses, en los países del Sur —Rumania, Albania y Yugoslavia—, en cambio, la influencia comunista ha estado persistiendo durante mucho más tiempo.

Complementariamente, se produjo un fenómeno de cascada por el cual fue atropeyándose la disolución del imperio soviético, la desintegración del orden de seguridad internacional impuesto por la Unión Soviética, la eclosión de la crisis económica en todos los países de economía centralizada —especialmente, en los territorios de la antigua Unión Soviética— y, finalmente, el intento de golpe de Estado en Moscú, que represento el último acto de esa acelerada tragicomedia que condujo al fin de la Unión Soviética.

En definitiva, dicha revolución democrática sancionó, por un lado, la pérdida por parte de los partidos comunistas del centro y del este de Europa del monopolio de la política y, por otro, la deslegitimación de las virtualidades del mecanismo de la planificación económica centralizada para organizar el desarrollo y la prosperidad colectivas. No obstante, el desmoronamiento del andamiaje político, militar, económico e ideológico del comunismo está produciendo en esos países, simultáneamente, fenómenos que están viciando el surgimiento pleno de sociedades libres y democráticas.

Así, por ejemplo, la desaparición de los partidos comunistas está, sin duda, permitiendo la democratización en la Europa Oriental; pero, al mismo tiempo, la transición política no está siendo ajena al intento de miembros numerosos de la antigua *nomenklatura* totalitaria de incorporarse veladamente a las nuevas clases políticas que están reconstruyendo la democracia y, de esta forma, perpetuarse al frente de la gestión de los asuntos públicos de sus países de origen respectivos. Además, en otro orden de cosas, los efectos perversos que ha tenido el sistema de planificación centralizada sobre la economía de las naciones de Europa Central y del Este se ponen de manifiesto en las dificultades que tiene que hacer frente el surgimiento de las nuevas iniciativas privadas. Todavía el peso del mantenimiento de una estructura burocrática y centralizada es demasiado pesado para las jóvenes democracias de la Europa Oriental. Efectivamente, el período de reconstrucción de las sociedades civiles puede durar aún muchos años y hacerse muy penoso.

El futuro sin Marx y sin Lenin

El futuro a medio y largo plazos en la Europa Central y del Este estará marcado por el gran reto de saber cerrar con éxito, sin traumas sociales o políticos y, sobre todo pacíficamente, la fase de transición hacia la libertad comenzado en el año 1989. Para ello, todos los países que ocupan ese área geográfica del continente estarán obligados a cumplir satisfactoriamente con un conjunto mínimo de requerimientos de cuya consecución va a depender su discurrir inalterado por la senda de la democracia, la libertad y el predominio de la sociedad civil y, con todo ello, seguramente, de la prosperidad material individual y colectiva.

La definición y la aplicación de programas de transición económica al mercado libre, de estabilidad política en la recién ganada libertad o de gestión de la aparición de conflictos —como son los religiosos, los étnicos o aquellos que no son más que el fruto de la combinación de estos dos— tradicionales en la historia de Europa Oriental, pero que habían permanecido sumergidos bajo el manto homogeneizador del comunismo, son la clave del éxito de tan hercúlea tarea.

Sin lugar a ningún género de dudas, la puesta en marcha de los mecanismos de mercado es clave para el triunfo de la sociedad civil democrática sobre la servidumbre del pasado. En otras palabras, se ha de recrear un sistema en el que la eficacia en la asignación de recursos y en la reorientación de las actividades económicas sean los principios ordenadores de la actividad económica.

Para ello, y sin pretender ser aquí exhaustivo, los países de la Europa Central y del Este han de elaborar todo un entramado legislativo que permita la devolución del poder económico a los agentes individuales y que, paralelamente, disminuya el de los Estados. Además, se han de establecer incentivos para modificar los hábitos económicos de los ciudadanos y para estimular el trabajo y el ahorro como actividades centrales del ser humano en países corrompidos por la inoperancia del funcionamiento y huérfanos de la experiencia educativa de ser responsables de sus propias acciones. Por otra parte, las economías de las naciones europeas orientales han de ver facilitado el camino de integración en las instituciones y en los mercados internacionales.

Central en todo este proceso la transición económica es, indudablemente, la recuperación del *rol* que en toda economía de países libres tiene el reconocimiento y la protección de la propiedad privada. La desnacionalización de la tierra, la desmonopolización de las industrias y la privatización del sistema de viviendas de propiedad estatal son las tres acciones básicas que han de tomarse en toda Europa Central y del Este para hacer de la propiedad privada el motor de la economía; no en balde, ella es el fundamento de la economía de mercado y éste ha de contar con la certidumbre del establecimiento generalizado de derechos de propiedad privada claros, seguros y transferibles.

Cuanto más rápidamente se produzca esta transición, más fácilmente se producirá la recuperación económica en los países del centro y del este de Europa. De hecho, hoy, ya existen naciones entre éstas —como es el caso de la zona checa de la República checoslovaca, de Polonia o de Hungría— que están liderando este proceso mediante la creación de organismos que están sacando al mercado las propiedades del Estado y que están promoviendo la competencia entre las empresas de nueva constitución de tal forma que se está evitando reproducir las situaciones de monopolio en cualquier industria del mercado como ocurría anteriormente.

Junto con la privatización de la economía, la eliminación del control sobre los precios, la reducción del gasto público o la liberalización del comercio exterior son decisiones que deben ser tomadas con carácter generalizado para desencorsetar unas sociedades privadas de la ambición y de la vitalidad para prosperar. El fin a la práctica comunista del establecimiento por parte de los gobiernos de los precios de bienes y servicios y, con ello, el comienzo de la liberación de los precios es un requisito imprescindible para el establecimiento de una economía de mercado; si el gobierno es el que fija el precio de las cosas, no existe en la sociedad el incentivo suficiente para producir eficientemente y crear la saludable competencia.

Adicionalmente, el gasto público ha de reducirse; pero no, a través del incremento de los impuestos ya que toda carga adicional sobre individuos o empresas induce a la ralentización de la actividad económica al desincentivar el trabajo duro, el ahorro, la inversión y la producción de bienes y servicios. Los impuestos altos en economías en proceso de desarrollo son siempre una receta perfecta para la inmersión de una gran parte de la actividad empresarial en la llamada economía sumergida que busca, de esa forma, evitar el peso de sus contribuciones impositivas. Sin duda, todo ello debe ser acometido con el esfuerzo simultáneo de creación de una red social de protección de la población, particularmente, durante los años más difíciles de la transición.

Complementariamente a todo lo anterior, la creación de un mercado de valores, la reestructuración del tejido industrial o la creación de un mercado libre de trabajo han de ser medidas de aplicación inmediata a la puesta en marcha de estos fundamentos de la economía de mercado. En definitiva, de lo que se trata es de que los pueblos que habitan Europa Oriental disfruten de los mismos privilegios económicos de los que disponemos en la Europa desarrollada y que, una vez abandonadas las utopías demoleadoras dichos pueblos puedan alcanzar niveles de vida comparables a los de las sociedades occidentales.

Sin embargo, el éxito del proceso de transición desde el centralismo económico hacia el mercado libre está intrínsecamente ligado a la consecución de la estabilidad política. Y esta tarea no es más sencilla de concluir a satisfacción que la anterior. La culminación del derrumbe del sistema autoritario, la creación de la infraestructura del sistema democrático y su definitiva consolidación serán etapas sucesivas en un proceso que, como mínimo, consumirá el paso de una generación hasta su conclusión final; siempre y cuando, que ese proceso no sea paralizado o, incluso peor, revertido.

El punto de partida no es muy halagüeño. Las sociedades civiles de la Europa Central y del Este están muy debilitadas después de tantos años de gobierno totalitario: «Una transición política puede durar seis meses, una económica puede durar seis años, pero la construcción de una sociedad civil puede tardar 60 años», como ha escrito el profesor Dahrendorf (2).

Las expectativas para la terminación con éxito de esta tarea son mucho mayores, a todas luces, en los países septentrionales de Europa Central y

(2) DAHRENDORF, sir Ralf: *Reflections on the Revolution in Europe*. Nueva York, 1990.

del Este. La antigua Alemania Oriental es difícil que se salga del marco de la nueva República Federal Alemana; la futura república checa cuenta con una mejor base económica y ha puesto en práctica políticas liberalizadoras más ambiciosas que la futura Eslovaquia que, en cambio, tiene una mayor dependencia de recursos y cuya transición hacia la economía de mercado será más penosa; Hungría, de hecho, ya había puesto en marcha antes, incluso, de la desaparición del comunismo medidas económicas liberalizadoras y puede, por tanto, afrontar el futuro con cierto optimismo; y, finalmente, Polonia empieza a recoger ya los frutos del tratamiento de choque al que ha sometido a su economía desde el año 1989.

En definitiva, en el terreno de la política, los objetivos de las naciones de Europa Oriental ha de ser, en primer lugar, el de saber dotarse de gobiernos con capacidad de respuesta a las preocupaciones de la población, que estén inmaculadamente elegidos a través de procesos electorales democráticos y que garanticen el imperio de la ley y de las libertades individuales; y, en segundo, el de poder institucionalizar un sistema colectivo e individual de derechos, deberes y responsabilidades, en otras palabras, el de crear una auténtica sociedad civil: es decir, finalización del monopolio del partido único y de los dirigentes nombrados a sí mismos, ubicación del *rol* a desempeñar por partidos políticos, minorías y grupos de interés, definición constitucional de derechos democráticos y sociales, definición de criterios explícitos e implícitos de legitimación del sistema político y adhesión formal a organismos, convenciones y legislación internacionales.

Con todo, y como bien sabemos en España por propia experiencia, los riesgos para la consolidación y el éxito del proceso de transición son enormes. Entre todos ellos, destaca la amenaza de que se pueda producir un alejamiento entre las nuevas minorías dirigentes y la población —fruto de la frustración ante las grandes expectativas creadas—, o la desestabilización política liderada por seguidores del antiguo régimen y miembros de la depuesta *nomenklatura* —siempre dispuestos a hacer uso demagógico de las dificultades económicas que, inicialmente, se pueden generar para espolear manifestaciones y rebeliones populares contra el nuevo sistema— o la ingobernabilidad provocada por una explosión democrática incontrolada que conduzca a una atomización en la representación política que impida la formación de gobiernos y coaliciones de gobiernos estables.

Por último, el resurgir brusco, tras el desplome del comunismo, de las corrientes profundas de la historia y la cultura de la Europa Central y del Este están poniendo de manifiesto el nivel de riesgos y amenazas tan alto al que tendrá que hacer frente el proceso de transición en la Europa Oriental. En concreto, el paso al primer plano de la situación política de la otra Europa de

conflictos de origen étnico o religioso abren un umbral de incertidumbre muy grande para el futuro de la seguridad de los territorios que ha estado bajo el control del comunismo.

Así, por ejemplo, en el área de seguridad europea de la extinta Unión Soviética los conflictos étnicos que se están produciendo en los últimos meses —en Chechenia-Ingushenia, en Osetia, en el triángulo noroccidental (Rusia, países Bálticos y Bielorrusia) o en el triángulo sudoccidental (Rusia, Ucrania y Moldavia)— no sólo recuerdan a los de Yugoslavia, sino que su extensión podría acabar representando una amenaza para la estabilidad del continente europeo. Por otra parte, el pasado de la Europa Central y del Este se convierte en protagonista de enfrentamiento entre las minorías alemanas y húngaras de Rumania, o entre la minoría turca y la mayoría búlgara en Turquía, o entre la minoría griega y los albaneses o, por citar el caso más dramático, entre las minorías albanesas en Serbia, la serbia en Croacia y las serbia y croata en Bosnia-Herzegovina y las autoridades respectivas.

Quizás, sea éste un terreno en el que el encuentro de un equilibrio que satisfaga a todas las partes requiera de mayor agudeza política. Sin embargo, dado el nivel de acritud o, en muchas ocasiones, el de enfrentamiento armado abierto pudiera merecer la pena empezar a considerar la posibilidad de que la estabilidad del continente podría forzar a que las diversas comunidades que pueblan su zona oriental encuentren una satisfacción ventajosa a sus reivindicaciones territoriales que vaya acompañada de la necesaria organización de la vida en comunidades con perfiles étnico-religiosos estables y homogéneos.

Bibliografía

- ARMSTRONG, John A.: «Nationalism in the Former Soviet Empire», *Problems of Communism*, volumen XLI, números 1-2 (enero-abril, 1992).
- BILINSKY, Yaroslav: «Are the Ucranians a State Nation?», *Problems of Communism*, volumen XLI, números 1-2 (enero-abril, 1992).
- DAHRENDORF, sir Ralf: *Reflections on the Revolution in Europe*. Nueva York, 1990.
- «Roads to Freedom: Democratization and Its Problems in East Central Europe» in VOLTEN, Peter (Ed.): *Uncertain Futures: Eastern Europe and Democracy*. Occasional Paper Series 16. Institute for East-West Security Studies. Nueva York, 1990.
- EGGERS, William D.: «Economic Reform in Eastern Europe: A Report Card», *Backgrounders. The Heritage Foundation*, número 893 (abril 23, 1992).
- HOWARD, A. E. Dick: «Drafting Constitutions for the New Democracies», *Problems of Communism*, volumen XLI, números 1-2 (enero-abril, 1992).
- HOWARD, Michael: «The Remaking of Europe», *Survival*, volumen XXXII, número 2 (marzo-abril, 1990).

- HUNTINGTON, Samuel P.: «Democratization and Security in Eastern Europe» in VOLTEN, Peter (Ed.): *Uncertain Futures: Eastern Europe and Democracy*. Occasional Paper Series 16. Institute for East-West Security Studies. Nueva York, 1990.
- KEMME, David M.: *Economic Transition in eastern europe and the Soviet Union*. Occasional Paper Series 20. Institute for East-West Security Studies. Nueva York, 1991.
- KIRKPATRICK, Jeane J.: «After Communism, What?», *Problems of Communism*, volumen XLI, números 1-2 (enero-abril, 1992).
- KLAUS, Václav: «Transition - An Insider View», *Problems of Communism*, volumen XLI, números 1-2 (enero-abril, 1992).
- KORTUNOV, Andrei: «Strategic Relations Between the Former Soviet Republics». *Backgrounder. The Heritage Foundation*, número 892 (abril 17, 1992).
- KOSMINSKY, Jay P. & ARON, Leon: «Transforming Russia from Enemy to Ally». *Backgrounder. The Heritage Foundation*, número 887 (marzo 23, 1992).
- LAMENTOWICZ, Wojtek: «Political Culture and Institution- Building: Democratic Evolution at Work» in *Eastern Europe and Democracy: The Case of Poland*. Institute for East-West Security Studies. Nueva York, 1990.
- MALIA, Martin: «From Under the Rubble, What?» *Problems of Communism*, volumen XLI, números 1-2 (enero-abril, 1992).
- MALTSEV, Yuri: «Toward a Postcommunist Economy», *Problems of Communism*, volumen XLI, números 1-2 (enero-abril 1992).
- OSTROWSKI, Krzysztof: «The Decline Of Power and Its Effects on Democratization: The Case of the Polish United Workers Party» in *Eastern Europe and Democracy: The case of Poland*. Institute for East-West Security Studies. Nueva York, 1990.
- PALANKAI, Tibor: *The European Community and Central european Integration: The Hungarian Case*. Occasional Paper Series 21. Institute for East-West Security Studies. Nueva York, 1991.
- PERCZYNSKI, Maciej: «Democratization of the Economy as Precondition for the Emergence of a Democratic Society in Poland» in *Eastern Europe and Democracy: The Case of Poland*. Institute for East-West Security Studies. Nueva York, 1990.
- SIMONS, JR., Thomas W.: *Eastern Europe in the Postwar World*. St. Martins Press. Nueva York, 1991.
- SMOLAR, Aleksander: «Democratic Institution-Building in Eastern Europe», *Problems of Communism*, volumen XLI, números 1-2 (enero-abril, 1992).
- STAAR, Richard F.: *Communist Regimes in Eastern Europe*. Fifth Edition. Hoover Institutions Press. Standford, California, 1988.
- (Ed.) & Grigory, Margit N. (Mang. Ed.): *1991 Yearbook on International Communist Affairs*. 25 th Anniversary Edition. Hoover Institution Press. Standford, California, 1991.
- TISMANEANU, Vladimir: *Reinventing Politics. Eastern Europe from Stalin to Havel*. The Free Press. Nueva York, 1992.
- VOLTEN, Peter M.E.: «Security Dimensions of Imperial Collapse», *Problems of Communism*, volumen XLI, números 1-2 (enero-abril, 1992).
- (Ed.): *Uncertain Futures: Eastern Europe and Democracy*. Occasional Paper Series 16. Institute for East-West Security Studies. Nueva York, 1990.
- WALLANDER, Celeste A.: «International Institutions and Modern Security Strategies», *Problems of Communism*, volumen XLI, números 1-2 (enero-abril 1992).
- WALTERS, E. Garrison: *The Other Europe*. Syracuse University Press. Syracuse, Nueva York, 1988.